

## Informe acerca del "árbol simbólico, de Toledo y su provincia, con destino al "Jardín de España,, en Marbella.

ILMO. SR:

SRES. ACADÉMICOS:

En sesión celebrada el día 7 de abril de 1929, me honró esta Real Academia confiéndome el encargo de emitir dictamen acerca del árbol que debe representar, simbólicamente, a Toledo y su provincia, en el proyectado «Jardín de España», en Marbella.

Hoy cumplo el encargo de la docta Corporación a que pertenezco, gustoso, pero no satisfecho, pues sé que estoy bien distante de haber dado cima a la tarea que me fué encomendada, ya que proponer una especie arbórea que simbolice a Toledo, ideológicamente, es algo más que proponer una especie que con el carácter botánico o agrícola, pueda representarla como una simple muestra tecnológica. Tomad, pues, este informe, señores académicos, tan sólo como una opinión y como un ensayo, pues entiendo que la elección de árbol simbólico representativo de una provincia o localidad determinada, más que una resultante de ideas personales y académicas, debe ser resultado del pensar colectivo y plebiscitario.

De parecer análogo es también el autor del folleto «El Jardín de España, en Marbella», D. Ramiro Campos Turmo, quien solicita, galantemente, el parecer de esta Academia, pero sin dejar de reconocer, en su referido folleto, «que la elección del árbol simbólico debe dejarse en plena libertad», interviniendo, únicamente, por medio de un acta, para dar fe del resultado del plebiscito, las Diputaciones provinciales y Ayuntamientos.

«¿Qué árbol debe elegirse para simbolizar a Toledo?»—dice, en su circular dirigida a la Academia, el Sr. Campos Turmo.

No hace mucho que uno de nuestros ilustres literatos, Wenceslao Fernández Flórez, decía en uno de sus jugosos artículos periodísticos, que «cada árbol tiene su alma», y esta frase,

que a primera vista podría parecer un producto de pirotecnia literaria, es, sin embargo, la más veraz expresión del concepto que tuviera de los árboles la primitiva humanidad y aun la masa popular de nuestros días. El animismo arbóreo es, sin duda, un producto espiritual, inmarcesible, anejo a la filogenia de la especie humana y al desenvolvimiento individual del hombre.

Para las personas dotadas de cierta delicadeza espiritual, el árbol no debe ser solamente una individualidad morfológica, sino la manifestación armónica de una serie de energías por las que la Naturaleza se comunica con el hombre, por mediación del mundo vegetal. Y, como según el gran poeta Núñez de Arce, la Naturaleza lo canta, lo dice, lo expresa todo, el árbol, que es su expresión quizá la más bella y estética, no sólo es capaz de despertar en el hombre emociones estéticas y morales, sino de expresar cuanto el hombre siente y quiere, con su porte, con su follage, con sus cambiantes de color y luz, con sus murmurios que le presta el viento, adquiriendo de este modo personalidad y animación bastantes para poder llegar a simbolizar o representar los caracteres espirituales, o las modalidades éticas de un pueblo o nación, siquiera sea envolviéndolas en los cendales de la alegoría. Ved, pues, cómo en el terreno espiritual, un árbol puede simbolizar perfectamente a todo un conglomerado social, si se tiene el acierto de encontrar su «alma gemela» en la especie arbórea elegida.

No es fácil realizar ésto, por lo que a Toledo se refiere, como no sea en sus rasgos psicológicos fundamentales, pues la psiquis del pueblo toledano es un verdadero mosaico espiritual, y el árbol que hubiera de simbolizarlo tendría que ser, por fuerza, una «quimera botánica», aparte de que si se atiende el carácter natural biogeográfico de las especies arbóreas de la provincia, muchas de ellas son comunes a casi toda España, y otras, son un mero producto de aclimatación.

Buscando, pues, esas características espirituales del árbol simbólico de Toledo, he recorrido, *in menti*, las cresterías en obelisco de los montes de Toledo, la meseta del Tajo, La Sagra, con su inmenso mar de mieses, la Mesa de Ocaña; La Mancha toledana con sus salobrales y lagunas, pero ni el roble, ni la encina con su dominio de la altura y su ciclópea resistencia, ni el olivo, centenario, dedicado a Minerva, símbolo de la paz, tan ensalzado por Ricardo Baeza, al cantar a las milenarias oliveras de

Mallorca, ni el pino, dedicado a Neptuno, ni la higuera, predilecta de Baco y de Júpiter, ni la palmera, ni el laurel, ni el mirto, aclimatados y avecindados, tras largos siglos, en Toledo, históricos algunos, como los mirtos de la Catedral toledana y el laurel de Bécquer, tienen para mí, en su ideología simbólica, características especiales para representar a este hidalgo pueblo castellano, cien veces místico y asceta y otras tantas, guerrero, con cuyo carácter engendrado por el íntimo maridaje de la aridez del suelo y lo adusto del clima, al mismo tiempo que supo escalar el Cielo en alas del ideal, tuvo firmes sus plantas en el patrio territorio, resistiendo los embates de la Historia y luchando siempre por su independencia y su libertad.

Pero hagamos aún una postrer pesquisa en las comarcas toledanas, donde las suaves y onduladas llanuras imprimen un ósculo de paz en el horizonte. Una doble fila de rumorosos chopos escoltan a las parleras linfas de nuestro río Tajo, escuchando embelesados la melodía de sus canciones de gesta. Le acompañan con fidelidad en su carrera, a pesar de las veleidades de su curso cambiante, que le da al viejo río sus apariencias de juventud. Y siguen a su orilla siglos y siglos, ellos, o sus jóvenes brotes, que ya al nacer se inclinaron a beber en la caudalosa corriente y continuarán adorando sus aguas cuando desaparezcan los frondosos progenitores de los que surgieron. La fantástica procesión de individuos arbóreos, esbeltos, picudos, como crestería de gótica Catedral, parecen musitar la más sublime oración con los numerosos labios de sus tremantes hojas, oración escuchada con arrobamiento, por los pajarillos, en sus pausas de trémolos y gorjeos, expandida por la llanura cual un eco dulcísimo que llega hasta el Artífice Supremo, como una ansia de perfeccionamiento y liberación espiritual.

Acompañadme, aún, unos instantes en mis andanzas espirituales por la calcinada y sedienta llanura toledana. Ambiente seco; vientos huracanados y esteparios; calor de fragua en la canícula; austeridad, rudeza en el paisaje. Las cigarras y grillos cebolleros son los únicos rapsodas que cantan las estrofas de ese inconcebido poema de la aridez continental. Es la hora meridiana. Todo reposa; todo duerme. El espíritu del paisaje parece estar ausente en la estivación. Y, sin embargo, hay un ser que le infunde un hábito de vida: resistiendo a la adustez del medio, ved ahí un chopo que, solitario, es celoso guardián del agua recóndita que la garrucha

chirriante hará asomar a las fauces enjalbegadas de uno de tantos pozos diseminados por esa tierra de tonos grises y ocre. Allí están, sí, los tres o cuatro chopos en animada conversación foliar, como parleros gañanes castellanos, extendiendo sus brazos amorosos sobre los desbordantes cangilones de la noria, que mueve un borriquillo, pausada y resignadamente, en su asnal esclavitud. Y el viajero fija con avidez su mirada sobre esos árboles, austeros, heroicos, piadosos, hospitalarios, en los que campea la nobleza, la fortaleza y la hidalguía; y el espíritu traspone el umbral de la indiferencia para acogerse placentero al oasis de una alentadora dulzura.

Decidme ahora, señores académicos, si estos hidalgos vegetales arbóreos no pueden, acaso, simbolizar los gloriosos atributos del alma toledana en el «Jardín de España», en Marbella. Si Hércules, a quien la leyenda áurea atribuye la paternidad de aquellos fabulosos hechos de la primitiva historia de la estirpe humana, tomó como atributo un «álamo», el pueblo toledano creo que muy bien puede simbolizar sus proezas, su carácter y su alma entera en el chopo, que, a más de radicar en su terreno, lleva una alma gemela. No hace aún muchos años que en la provincia de Toledo se rendía culto al chopo, considerándolo como un árbol-dios, dueño de la tierra y de las aguas. Cerca de Santa Olalla existieron dos lugares desaparecidos, hará unos ochenta años, que poseían un pozo denominado «de la porra». Un chopo frondoso, viejo y austero, daba su sombra bienhechora al pozo, y allí, precisamente, se celebraba una típica fiesta: «la conquista del árbol». La competencia por la posesión de aquel gigante arbóreo, se establecía, anualmente, entre los pueblos de El Casar de Escalona y Santa Olalla; y con tal ardimiento se lo disputaban los pueblerinos de ambos, que la referida «conquista» degeneraba siempre en sangrienta batalla campal, que costaba la vida a alguno de aquellos pretéritos habitantes y aumentaba los rencores familiares. Por fortuna para dicho pueblos, al desaparecer aquellos lugares, desapareció también la «conquista del árbol», que hubieran podido realizar con menos ardimiento y menos sangre. Ya véis cómo el chopo ha tenido en la provincia de Toledo su celebridad popular.

Una idea romántica, de carácter popular, acude en estos instantes a mi pluma y no me deja terminar este inconexo y deslabazado informe: Hay un árbol en los alrededores y huertas de

Toledo, que si bien cede en empaque y prestancia al aludido antes, no por eso deja de tener su celebridad popular: es el arbolillo de los cigarrales, que en unión del almendro, anuncia con sus flores, precoces, la primavera, en las cercanías de la Imperial Ciudad: es el «albaricoquero». Una particularidad, curiosa, de las semillas contenidas en sus jugosos frutos, hacen apellidar, por antonomasia, a los toledanos: «los del hueso dulce». Y en verdad que el fondo espiritual del pueblo de Toledo bien merece tal denominación. Como sus albaricoques, pecosillos, por la simbiosis de un líquen que vive sobre el pericarpio, no descubre el toledano, de primera intención, la dulcedumbre de su fuero interno; pero llegando a su albumen psicológico, pronto se descubre, con sorpresa, esta agradable particularidad. Y ved aquí, señores, qué misteriosos arcanos reserva a todos la biología, que al fin y al cabo es la madre de la sociología: me dijo una vez cierto cigarralero, que los famosos albaricoques de Toledo, eran producto de un injerto de albaricoquero común con el almendro «amargo» (1). No sé lo que haya de verdad en este hecho de horticultura: ¿pero qué feliz injerto social pudo proporcionar caracteres tan excepcionales al pueblo toledano? Ello es que existen por fortuna suya, y que si al decir del autor del folleto «El Jardín de España», en Marbella, han de admitirse en su recinto *árboles locales*, no estaría de más que figurara el «albaricoquero», como representante genuino y popular de «los del hueso dulce».

Y voy a terminar ensalzando la idea cultural y patriota del Sr. Campos Turmo, cuyo objetivo no es otro que despertar un cariño fraternal al árbol en España. Si con la creación del «Jardín de España», en Marbella, se llega a realizar tamaña empresa, el nombre del Sr. Campos Turmo merecerá inscribirse, en letras de oro, en las páginas de la historia de la cultura española. Salvará, además, muchas vidas arbóreas, hoy sacrificadas brutalmente, y cuyo indulto, como dijo en una ocasión, feliz, Fernández Flórez, «habrá que presentar al Rey el día de Viernes Santo, por esos pobres árboles que no conocen el mal».

Juan del Pan,

Numancia.

Toledo 1 de mayo de 1929.

(1) En Puebla de Montalbán (Toledo), localidad privilegiada, por sus albaricoques, se hace el injerto, con almendro amargo y con pavía.